

Furent bien surpris quand ils virent
La Fermeté, la Paix et toutes les vertus
Qui près de vous se réunirent.

Este amable conjunto de tan inestimable precio y tan raro os ha conquistado el corazón de todos los habitantes.

On admira sur vos traces
Minerve auprès de l'Amour,
Ah ! ne leur donnez plus ce Châlons pour séjour ;
Et que les Muses et les Grâces
Jamais plus loin que Sceaux n'aillent fixer leur cour.

Dicen, señora, que habéis hallado en vuestro castillo el secreto de inmortalizar un asno.

Dans ces murs malheureux votre voix enchantée
Ne put jamais charmer qu'un âne et les échos :
On vous prendrait pour une Orphée ;
Mais vous n'avez pas su, trop malheureuse fée
Adoucir tous les animaux.

Ojalá que en adelante podáis llevar siempre una vida feliz, y que la tranquilidad de vuestra mansión de Sceaux no se vea nunca interrumpida sino por nuevos placeres. Los solos dones de vuestra alma bastan para constituir vuestra felicidad.

AL SEÑOR ***

1727.

Por casualidad caí ayer sobre un mal libro de un tal Dennis, pues también entre los ingleses hay escritores malos. Este autor, en quince días que ha residido en Francia, pretende caracterizar á la nación que tan detenidamente ha tenido ocasión de conocer. « Quiero, dice á sus lectores, trazar un retrato justo y al natural

de los franceses, y para empezar mi tarea os diré que les profeso odio mortal. He sido por ellos muy bien recibido, no puedo negarlo, y me han colmado de cumplimientos; pero todo fué puro orgullo: no somos bien acogidos por que tengan interés en sernos agradables, sino por propia satisfacción personal de nuestros favorecedores; es una nación bien ridícula, etc. », y otras lindezas semejantes.

No vayáis á imaginar que todos los ingleses son del mismo parecer que este señor Dennis, ni que yo experimente el menor deseo de imitarle al hablaros de los ingleses, como me ordenáis.

Queréis que os dé una idea general del pueblo que me alberga, y os diré que estas ideas generales están sujetas á demasiadas excepciones; además, un viajero no conoce de ordinario sino muy imperfectamente el país donde se encuentra; no ve sino la fachada del edificio y casi todo el interior del mismo le es desconocido. Acaso creáis que un embajador es siempre hombre muy al corriente sobre el genio del país donde su gobierno le envía y que sobre él pudiera comunicaros mejores nuevas que cualquiera otra persona; pues no hay tal cosa; puede ser esto verdad para los diplomáticos extranjeros que residen en París, pues todos conocen la lengua del país y se las han con una nación que fácilmente se exterioriza; por poco que lo deseen, se los acoge en toda suerte de sociedades, las cuales se apresuran á agasajarlos; leen, en fin, nuestros libros y asisten á nuestros espectáculos. Tratándose de un embajador de Francia en Inglaterra, la cosa varía por completo; generalmente no sabe una palabra de inglés y no puede entenderse con las tres cuartas partes de la nación sino por medio de intérprete; no tiene ni la más remota idea de los libros escritos en inglés y se encuentra imposibi-

litado de asistir á los espectáculos en que se reflejan las costumbres de la nación. El reducidísimo número de sociedades que pueden acogerle son de un comercio diametralmente opuesto á la familiaridad francesa, y en ellas las gentes se congregan para jugar y guardar silencio. Y como además el país casi siempre se encuentra dividido en dos partidos, el embajador, temiendo hacerse sospechoso, no podría frecuentar con intimidad el partido opuesto al gobierno, viéndose por tanto reducido á no ver apenas sino á los ministros, á la manera, con escasa diferencia, de un comerciante que sólo conoce á sus corresponsales y su tráfico; debiendo, sin embargo, para la cabal exactitud del simil, dejar sentada esta distinción: que el comerciante, para lograr su objeto, ha de proceder de buena fe en sus operaciones, la cual no siempre se recomienda en las instrucciones dirigidas á su excelencia; de suerte que ocurre casi siempre que el embajador no es sino una especie de comisionista por cuyo conducto pasan los engaños y falsías de una á otra corte, el cual, después de haber mentido oficialmente en nombre del rey, su señor, por espacio de algunos años, se aleja luego para *in eternum* de una nación que por completo desconoce.

Parece que es más posible alcanzar mejores luces de un particular que dispusiera de vagar bastante y también de constancia para aprender la lengua inglesa; que conversara sin ambages con los *wighs* (liberales) y los *tories* (conservadores); que almorzara con un obispo y cenara con un cualquiera; que fuera el sábado á la sinagoga y el domingo á San Pablo; que oyera un sermón por la mañana y asistiera á la comedia por la noche; que pasara del Real palacio á la Bolsa, y que por añadidura no se hastiara de la frialdad y maneras desdenosas y heladas que las damas inglesas muestran en

los comienzos de su trato y de que algunas nunca se desposeen.

Un hombre tal y como acabo de pintároslo, veríase aún muy expuesto á equivocarse y á suministraros falsas ideas, principalmente si juzgara por la primera ojeada, como ordinariamente sucede.

Cuando desembarqué cerca de Londres, á mediados de la primavera ¹, estaba el cielo sereno como en nuestros más hermosos días del mediodía de Francia; refrescaba el aire un viento sosegado de occidente, que aumentaba la calma de la naturaleza y convidaba al contento los espíritus: ; hasta tal punto somos *máquinas* y tanto depend en nuestras almas de la acción de nuestros cuerpos! Detúveme cerca de Greenwich, en las riberas del Támesis; este hermoso río que nunca se sale de madre, y cuyas orillas están cubiertas de verdura todo el año, estaba cubierto por dos filas de buques mercantes en el espacio de seis millas; todos tenían sus velas desplegadas para agasajar á los reyes, que se paseaban por el agua en una barca dorada, precedida de otros barcos llenos de músicas y seguida de mil barquillas de remos; cada una de ellas tenía dos remeros; todos iban vestidos, como antaño nuestros pajes, con calzón y colete corto, adornados con una gran placa de plata en el hombro. Ninguno de estos bateleros dejaba de advertir, por su fisonomía, por su traje y gordura, que era libre y que vivía en la abundancia.

Cerca del río, en un terreno grande cubierto de césped, cuya extensión viene á ser de unas cuatro millas, vi un prodigioso número de gallardos jóvenes que caracoleaban á caballo alrededor de una pista, la cual mar-

1. En 1726.

caban postes blancos, fijados en el suelo de milla en milla. Veíanse también mujeres á caballo que galopaban aquí y allá con gracia suma; pero sobre todo había jóvenes á pie, casi todas vestidas con telas de las Indias; muchas eran preciosas, todas ellas bien formadas, y además mostraban un aspecto de aseo y en sus personas una vivacidad y un contento, que á todas las hacían parecer muy lindas.

Otro paseo pequeño se hallaba comprendido en el grande; tenía unos quinientos pies de largo y acababa en una balaustrada. Como preguntara lo que aquello quería decir, muy luego me dijeron que la gran pista destinábase á la carrera de los jinetes y la pequeña á la de los de á pie. Cerca de un poste de la pista grande había un hombre que tenía una especie de aguamanil con baño de plata. En la balaustrada de la pista interior había dos perchas; en lo alto de una de ellas un sombrero colgado y en la otra ondeaba una camisa de mujer. Un individuo gordo permanecía de pie entre las dos perchas con un bolsillo en la mano. El aguamanil grande era el premio de los jinetes, la bolsa el de los carreristas de á pie; mas lo que para mí fué grato oír era que había una carrera de doncellas, y que á más del bolsillo destinado á la vencedora entregábasele como prenda honorífica la camisa colga en una de las perchas, y que el sombrero se destinaba á la más diestra corredora.

Tuve la buena fortuna de encontrar entre la multitud á algunos negociantes para quienes llevaba cartas de recomendación. Estos señores me hicieron los honores de la fiesta con la solicitud y cordialidad de gentes llenas de gozo, el cual apetece que con ellos se comparta; pusieron un caballo á mi disposición, enviaron á buscar refrescos y con especial esmero cuidaron de colocarme en un lugar desde donde podía á mi gusto

divisar el espectáculo de las carreras y el del rio con la vista de Londres á lo lejos.

Entonces me creí trasladado á los juegos olímpicos; mas la hermosura del Támesis, la multitud de buques, la inmensidad de la ciudad de Londres, todo me llenó de confusión por haber osado comparar á Élid con Inglaterra. Supe que al mismo tiempo había en Londres un combate de gladiadores, y me creí de pronto en la antigua Roma. Un correo de Dinamarca que llegó por la mañana y que felizmente regresaba la tarde misma, permaneció á mi lado durante las carreras y me parecía henchido de gozo y admiración: creía que todo el pueblo estaba siempre alegre, que todas las mujeres eran hermosas, llenas de viveza y que el cielo de Inglaterra estaba siempre puro y sereno; que allí no se pensaba sino en el placer; que todos los días eran como aquél, y en esta creencia tomó el camino de su país. En cuanto á mí, más encantado todavía que mi danés, hice que me presentaran por la tarde á algunas damas de la corte y sólo les hablé del encantador espectáculo que acababa de presenciar: no dudaba que ellas hubieran tomado parte en él ni que fuesen aquellas damas á quienes tan graciosamente había visto caracolear por el verde césped; sin embargo, me sorprendió un poco el advertir que no tenían el aspecto de viveza propio de las personas que acaban de divertirse; estaban tiesas y frías, tomaban te, metían mucho ruido con los abanicos y no hablaban palabra ó alborotaban todas juntas para maldecir del prójimo; algunas jugaban al cuatrillo y otras leían periódicos; por fin, una más caritativa que las demás, tuvo á bien notificarme que el *beau monde* no se rebajaba frecuentando las reuniones populares que me habían encantado hasta tal extremo; que todas aquellas personas vestidas con telas de las Indias eran sirvien-

tas ó aldeanas, y toda aquella brillante juventud que tan bien manejaba sus corceles caracoleando en derredor de la carrera, era una reunión de escolares y aprendices montados en caballos de alquiler. Sentí cólera contra la dama que todo esto me contó; traté de no creer nada, y lleno de despecho regresé á la Cité en busca de los comerciantes y de los *alderman* que con tanta cordialidad me hicieron los honores en mis supuestos juegos olímpicos.

Al siguiente día encontré en un café sucio, mal amueblado, mal servido y mal alumbrado, á casi todos los señores que la vispera se mostraron tan amables conmigo; ninguno de ellos me reconoció; decidíme á trabar conversación con uno de ellos; pero ni siquiera desplegó los labios, ó cuando más, medijo sí ó no; de suerte que me eché á pensar si la vispera los habría ofendido. Hice examen de conciencia y traté de recordar si había preferido á los suyos los tejidos de Lión, ó si había dicho que los cocineros franceses valían más que los ingleses; que París era una ciudad más agradable que Londres, ó que transcurrían mejor las horas en Versalles que en San Jaime, ó en fin, alguna otra enormidad análoga. Como me reconocí inocente de toda culpa, atrevíme á preguntar á uno de ellos con resolución que le pareció algo extraña, cómo era que estaban todos tan mustios, á lo cual mi hombre contestó refunfuñando que soplabá el viento Este. Al punto llegó uno de sus amigos, el cual dijo indiferentemente á la concurrencia: «Molly se ha degollado esta mañana; su amante la ha encontrado muerta en su cuarto con una navaja ensangrentada á su lado.» Esta Molly era una muchacha joven, hermosa y muy rica que estaba en visperas de casarse con el mismo individuo que la había encontrado muerta. Estos señores, amigos todos

de Molly, recibieron la noticia sin pestañear. Tan sólo uno de entre ellos preguntó dónde se encontraba el amante: *Ha comprado la navaja*, respondió con la mayor frescura uno de los circunstantes.

En cuanto á mí, horrorizado de una muerte tan extraña y de la indiferencia de aquellos caballeros, no pude menos de informarme de la razón que había obligado á la señorita, á la que se creía tan dichosa, para abandonar la vida de una manera tan cruel. Por respuesta obtuve únicamente que soplabá el viento Este. Y naturalmente, no podía yo comprender lo que el viento Este tuviera de común con el humor tenebroso de aquellos señores y la muerte de Molly. Salí bruscamente del café y me fui á palacio, penetrado de esa hermosa preocupación francesa según la cual reina allí siempre el buen humor; mas ¡oh dolor! todo andaba triste y taciturno; hasta las damas de honor lo estaban y hablaban del viento Este llenas de negra melancolía. Entonces me eché á pensar en el danés de la vispera, y tentado estuve de reír á carcajadas por la falsa idea que se había formado de Inglaterra; pero ya el clima ejercía influjo sobre mí, y me extrañó hallarme en la imposibilidad de reír. Un médico famoso de la corte á quien participé mi sorpresa, me dijo que hacía mal en maravillarme y que otras empciones me aguardaban allá en los meses de marzo y noviembre; que entonces las gentes se ahorcaban por docenas, que casi todo el mundo estaba realmente enfermo en esas dos épocas del año y que reinaba la melancolía más horrenda en toda la nación, porque en ese tiempo, añadió, sopla constantemente el viento Este, el cual constituye la ruina de nuestras islas; hasta los animales presentan señales de abatimiento. Los hombres cuya naturaleza es suficientemente robusta para conservar la sa-

lud contra este maldito viento, pierden por lo menos su buen humor. Todos muestran un semblante severo y un espíritu inclinado y dispuesto á las determinaciones desesperadas. Reinando un viento así cortaron la cabeza á Carlos I y destronaron á Jacobo II. Si tenéis alguna merced que pedir en la corte, me dijo al oído, nunca la formuleis hasta que el viento reinante sea Oeste ó Sud.

Á más de estas calamidades que los elementos elaboran en el espíritu de los ingleses, los excitan también las engendradas por la animosidad de los partidos, y estas cosas son las que desorientan más á un extranjero.

He oído decir aquí, así como suena, que milord Malbrough era el hombre más cobarde del mundo y que Pope era un papanatas.

Llegué á este país convencido de que un *whig* era un republicano que nõ había más que pedir, un enemigo de la realeza, y un *tory* el partidario de la obediencia pasiva; pero he visto que en el Parlamento casi todos los *wighs* estaban por la corte y los *torys* contra ella.

Paseándome un día por el Támesis, como uno de mis remeros echara de ver que se las había con un francés comenzó á encarecerme altivamente la libertad de su país y añadió, poniendo á Dios por testigo, que prefería mejor ser barquero en el Támesis que arzobispo en Francia.

Al siguiente día vi á mi mismo hombre encerrado en una prisión junto á la cual yo pasaba; sus pies estaban sujetos con grillos y al través de la reja tendía la mano á los transeúntes. Al verle así preguntéle si para él seguía siendo tan poca cosa un arzobispo en Francia; reconocióme al punto, y me dijo: « ¡ Ay, se-

ñor, en el mundo no hay gobierno más abominable que el nuestro! Me han sacado á viva fuerza de mi barca para servir en un buque del rey de Noruega; me arrancan á mi mujer y á mis hijos y me enjaulan aquí como si fuera un criminal, hasta el día del embarco, con objeto de que no me escape ».

La desgracia de este pobre hombre, víctima de una injusticia tan flagrante no pudo menos de convencerme. Un francés que me acompañaba me confesó sentir un regocijo perverso al ver que los ingleses, que con altivez tanta nos echan en cara nuestra servidumbre, eran tan esclavos como nosotros. Yo abrigaba un sentimiento más humano, afligido al ver que la libertad había huído de la tierra.

Con este motivo os había escrito buen número de páginas de moral triste: un decreto del Parlamento ha rematado con este abuso de arrebatar así á viva fuerza á los marineros, lo cual me hizo quemar la carta. Para daros una idea más intensa de las anomalías de que voy hablándoos, os diré que he visto cuatro tratados muy eruditos contra la realidad de los milagros de Jesucristo, impresos aquí impunemente, mientras que un pobre librero ha sido puesto á la vergüenza por haber publicado una traducción de la *Religiosa*.

Me habían asegurado que en Newmarket encontraría de nuevo mis juegos olímpicos. Toda la nobleza, me decían, se reúne allí dos veces al año, y el rey también alguna vez acompañado de la familia real. En efecto, en Newmarket se ve un prodigioso número de corceles de los más veloces de Europa, nacidos de caballos árabes y de yeguas inglesas, que vuelan sobre el verde césped hasta perderse de vista, bajo postilloncitos vestidos de seda y á la vista de toda la corte. Quise aprovechar este hermoso espectáculo, y sólo

vi chalanes de categoría, que apostaban unos con otros y que en esta solemnidad despleaban mucha mayor truhanería que magnificencia.

¿Os acomoda que de las cosas pequeñas pasemos á las grandes? Pues os preguntaré si es tarea fácil el definir una nación que decapitó á Carlos I por haber intentado introducir el uso de las sobrepellices en Escocia y por haber exigido un tributo, que los magistrados declararon legítimamente exigido. Esto aconteció en una nación que vió á Cromwell, como si tal cosa, disolver los Parlamentos, atropellar á los lores y á los obispos y pisotear las leyes todas.

Considerad que el destronamiento de Jacobo II obedeció en parte á su obstinación por colocar en un colegio á un pedante católico ¹, y recordad que Enrique VIII, aquel sanguinario tirano, mitad católico, mitad protestante, dió al traste con la religión del país por contraer matrimonio con una desvergonzada, á quien envió luego al cadalso; que compuso un libro malo contra Lutero, en favor del Papa, y que luego él mismo se hizo papa en Inglaterra, llevando á la horca á cuantos negaban su supremacía, quemando á los que se oponían á creer en la transubstanciación y ejecutando todas estas cosas alegre é impunemente.

Un sentimiento entusiástico y una furiosa superstición apoderáronse de la nación entera en la época de las guerras civiles: una impiedad dulce y ociosa sucedió á este periodo de revueltas en el reinado de Carlos II.

De suerte que todo se modifica y todo parece contradecirse. Lo que es verdad en una época, conviértese en error en otra. Los españoles dicen de un hombre: *ayer era valiente*; así habría que juzgar á las naciones, y

1. El jesuita Peters, confesor de Jacobo II.

sobre todo á los ingleses, diciendo: así eran en tal año y en tal mes.

AL SEÑOR THIRIOT

Abril de 1729.

Mi querido Thriot: Hacéis bien en parar mientes en mis intereses, que yo he descuidado en extremo, y reconozco que hice mal en abandonándolo todo. Recuerdo que Cicerón, en una de sus elocuentes charlas, se expresa de esta manera: *Turpe est suam deserere*; fortificado así con la sentencia del orador y conducido á la razón con vuestras advertencias saludables, os envío la nómina de la pensión que la reina me pasa: es muy justo que se digne pagarme algunas anualidades, pues lo que su señor marido me arrebató mis rentas, procediendo contra todos los derechos. La dificultad estriba en hacer llegar á manos de la reina un memorial: yo no sé ni á quién ha de dirigirse, ni quién es el encargado de pagar las pensiones de esta naturaleza. Sospecho solamente que monsieur Brossert, secretario del despacho, goza de alguna autoridad en estas cosas; pero le soy completamente desconocido. Creo que el señor Pallu es amigo suyo y que podría entenderse con él.

Pero ocurre, mi buen Thriot, que los múltiples servicios de que al señor Pallu soy deudor, me llenan de encogimiento para pedirle favores nuevos. ¿Procede importunar con peticiones á un hombre que de mí no debiera recibir sino muestras de agradecimiento? El vivísimo interés de que dió prueba en mi desdichado asunto, en mi pecho estará siempre guardado ¹. Además he dejado pasar tres años sin escribirle, y lo mis-

1. Su reyerta con el caballero de Rohán.

mo hice con todo el mundo. Sólo las indispensables cartas de intereses han podido arrancarme, y á mi mismo me condené, privándome del más dichoso consuelo de que gozar pueda, ó sea el comercio con aquéllos que alguna amistad me profesan.

La miseria que me circunda avinagra mi carácter y me vuelve más huraño. Al cabo de tres años de silencio me parece una locura importunar por una pensión á personas á quienes tanto debo.

Á vos os corresponde arreglar este asunto como juzguéis más conveniente. En vuestras manos encomiando los intereses que sin vuestro concurso habría olvidado por completo.

Si tenéis noticia de los señores de Maisons, Pont de Vesle, Bertier y de Brancas, decidme cómo les va. Siempre es para mí un consuelo el saber que las personas á quienes aprecio, gozan de cabal salud.

Sobre todo, os ruego que si véis al señor Pallu, le digáis, de mi parte, que mi reconocimiento para con él no es menos vivo por ser mudo.

Vuestras *Memorias de Mademoiselle* no honran gran cosa el estilo de las princesas. Adiós.

AL SEÑOR DE FORMONT

Jueves de 1730.

Señor: Sería yo el colmo de la ingratitude si al llegar á París no comenzara por daros gracias de todas vuestras bondades. Considero mi viaje de Ruán como uno de los acontecimientos más felices de mi vida. Aun cuando nuestras ediciones se ahogaran en el camino, aun cuando *Erifile* y *Julio César* fueran silbados, tendría con qué indemnizarme, puesto que he tenido el pla-

cer de conoceros. La vida en París comienza á poner espanto en mi ánimo. No se puede pensar en medio del estrépito de esta maldita ciudad.

Carmina secessum scribentis et otia quærunt.

OVIDIO, *Trist.* I, 41.

Empezaba ya á filosofar con vos; mas no sé si habré absorbido la suficiente dosis filosófica para resistir á la baraúnda de París. Puesto que de mi ya no os cuidáis, tened la bondad de dedicar á *Enrique IV* los momentos que consagrabais á su autor. Hubiera preferido mucho más que corrigierais mis defectos, antes que los de Jore; vos sois algo más rígido que el señor de Cideville; pero, con todo, no losois suficientemente. En lo sucesivo, cuando yo escriba algo, quiero que me amputéis brazos y piernas. Adiós; ninguna nueva os envío, porque todavía no he visto, ni veré en mucho tiempo, á ninguno de esos locos que llaman *le beau monde*. Os abrazo de todo corazón, y me considero como algo más que vuestro muy humilde y muy obediente servidor, pues soy vuestro amigo y vuestro seré toda mi vida.

AL PADRE PORÉE

París, 7 de enero de 1730.

Os envío, mi querido padre, la nueva edición que acaba de publicarse de la tragedia de *Edipo*. He cuidado de omitir, cuanto en mi mano ha estado, los borrosos colores de un amor que no venia á cuento, los cuales había mezclado á pesar mío con los rasgos vigorosos y terribles que el asunto exige.

Para mi justificación quiero desde luego deciros que,

aun siendo joven cuando escribí *Edipo*, lo ideé, sobre poco más ó menos, tal y como lo véis ahora; henchido estaba entonces mi espíritu de las antiguas literaturas, al par que de vuestras lecciones, y conocía poquísimo el teatro de París; casi podría decirse que trabajaba como si hubiera vivido en Atenas. Habiendo consultado á M. Dacier, que era del país, me aconsejó que pusiese un coro en todas las escenas á la manera de los griegos; algo así como si me hubiera recomendado que me paseara por París con la túnica de Platón. Con este aditamento costóme gran trabajo alcanzar siquiera que los comediantes de París se dignaran ejecutar los coros, que aparecían en la pieza tres ó cuatro veces, y más penalidades sufrí aún para que admitieran una tragedia en la cual apenas si había amor. Las actrices se burlaron de mi cuando vieron que el papel de la dama enamorada por ninguna parte parecía; la escena de las confidencias entre Edipo y Yocasta, sacada en parte de Sófocles, juzgáronla cosa insípida. Finalmente, los actores, que en aquellos días eran grandes señores y mandarines, se negaron á representar la obra.

Entonces era yo un muchachuelo, y creí que tenían razón; con el fin de serles grato, eché á perder mi obra haciendo insípido, con el aditamento de sentimientos de ternura, un asunto que tan poco los implica. Cuando vislumbraron un poco de amor se mostraron menos descontentos de mi tarea; pero de ningún modo transigieron con la gran escena entre Yocasta y Edipo, burlándose de Sócrates y de su imitador; mas yo no quise cejar, alegué las razones que me asistían, puse á contribución á mis amigos y logré al fin, bien que á fuerza de protecciones, que *Edipo* fuera representado.

Un actor había llamado Quinault (Dufresne), el cual declaró á voz en grito que, en justo castigo de mi testa-

rudez, era preciso representar la obra tal y conforme estaba, con el pésimo cuarto acto sacado del griego. Además consideraban acción temeraria el determinarse á tratar un asunto en que Pedro Corneille había acertado tan bien; juzgábase excelente por entonces el *Edipo* de Corneille; mas yo por pésimo lo tenía, sin atreverme á confesarlo; por fin lo declaro hoy, al cabo de diez años, cuando todo el mundo es de mi parecer.

Generalmente precisa mucho tiempo para alcanzar cabal justicia; no han tenido necesidad de tanto los dos *Edipos* del señor de La Motte. El reverendo padre de Tournemine os habrá quizás comunicado el prologoillo en que le presento batalla. El señor de La Motte tiene mucho talento; se parece algo á aquel atleta griego que, cuando le derribaban, demostraba ser el vencedor.

En nada soy de su parecer, pero me habéis enseñado á hacer la guerra cual hombre cumplido. Con tan exquisitos modales escribo contra él, que le pedí el examen de ese prólogo, en el cual trato de probar su error en cada línea; y él mismo aprobó mi reducida disertación polémica. Así debieran luchar los literatos, y así fueran todos ellos de haber asistido á vuestra escuela; mas de ordinario son más mordaces que abogados y más coléricos que jansenistas. Las letras humanas trocáronse en inhumanas: se injuria, se conspira y se hacen coplas; todo sirve de instrumento vindicativo. No deja de ser gracioso el que sea lícito decir á la gente por escrito lo que no osaría uno decir cara á cara. Vos, mi buen padre, me enseñasteis á huir de las bahezas, y lo mismo la ciencia de vivir que la de escribir.

Les Muses, filles du Ciel,
Sont des sœurs sans jalousie:
Elles vivent d'ambroisie,
Et non d'absinthe et de fiel;

Et quand Jupiter appelle
 Leur assemblée immortelle
 Aux fêtes qu'il donne aux dieux,
 Il défend que le Satyre
 Trouble les sons de leur lyre
 Par ses sons audacieux.

Adiós, mi querido y reverendo padre; para siempre soy vuestro y de los vuestros, con el reconocimiento cariñoso de que os soy deudor, el cual no siempre recuerdan los que fueron vuestros discípulos.

AL SEÑOR DE CIDEVILLE

París, 2 de marzo de 1731.

Como aquí llevo una vida que participa igualmente de la de un filósofo que de la de un mochuelo, no he recibido hasta ayer vuestra carta del 27 y los versos que me enviasteis por conducto del señor Formont. Thiriot, que ni siquiera sabe mi residencia, no pudo darme los versos hasta ayer. Fué para mí un día de regocijo el recibir juntamente las buenas nuevas que me enviáis y los hermosos versos con que me honráis. En vuestra epístola, mi amado amigo, hay cosas encantadoras: hay ingenuidad, talento y gracia. Y ese mismo talento que os consiente escribir cosas tan lindas, os permite al par echar de ver los defectos. Tenéis razón al juzgar vuestra epístola algo larga y no bastante limada.

Réprimez d'une main avare et difficile
 De ce terrain fécond l'abondance inutile.
 Émondez ces rameaux confusément épars;
 Ménagez cette sève, elle en sera plus pure.
 Songez que le secret des arts
 Est de corriger la nature.

Quiero arreglar las cosas de suerte que me sea dable hablar de bellas letras con vos durante unos cuantos meses, y enviaré, quizás mañana mismo, á vuestros lares, una valija repleta de prosa y de versos, tras la cual compareceré yo en persona. Solicito vuestro concurso para que esa valija llegue á vuestra casa. Cuan- to á mi seca fisonomía, trasladarése á Ruán antes de diez días; de suerte que cuento con que tendréis la bondad de reservarme el escondite de que me habéis hablado para el 15 del mes actual. No acertaríais á adivinar las infinitas obligaciones que con vos tengo.

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci
 HORACIO, *de Arte Poet.*, v. 313.

Adiós, mi encantador amigo, hábil negociador, poeta gratisimo y á más hombre de salud de hierro, de la que está muy apartado vuestro servidor obligadisimo. Si tenéis alguna cosa que mandarme antes de mi llegada, tened la bondad de escribirme bajo el nombre de «M. de Livri». Como en su casa ceno todos los días, vuestras cartas llegarán antes á mis manos. No os extrañen todas estas precauciones; nunca acertaría á idearlas sobrado minuciosas para lograr mi designio, que me permitirá pasar tres meses junto á vos. Adiós.

AL SEÑOR FAVIÈRES

4 de Marzo de 1731.

Os agradezco mucho los versos latinos y franceses que habéis tenido la bondad de enviarme. Ignoro quién sea el autor de los latinos; mas quien quiera que sea, le felicito por su buen gusto, por su sentimiento de la armonía y por la diestra elección de su latinidad, tan bien acomodada al asunto de que trata.

Nada tan común como los versos latinos, en que el estilo de Virgilio se baraja con el de Terencio ó con el de las epístolas de Horacio. Aquí diríase que el autor se sirvió constantemente de esas expresiones tiernas y armoniosas que se encuentran en las églogas de Virgilio, Tibulo, Propercio y hasta en algunos pasajes de Petronio que respiran molicie y voluptuosidad.

Estos versos me encantan :

Ridet ager, lascivit humus, nova nascitur arbor...

Y hablando del amor :

Vulnere qui certo lædere pectus amat.

No me dejaré en el tintero este pasaje en que el autor habla de los placeres que huyen al par de la juventud :

Sic fugit humanæ tempestas aurea vitæ,
Arguti fugiunt, agmina blanda, joci.

Y transcribiría sobrados versos si tratara de señalar los que más me agradan por su fuerza y energía.

Mas aunque la obra está llena de fuego y de nobleza, mejor aconsejaría yo á un hombre en quien se albergasen el gusto literario y el talento, que empleara estas dotes en escribir versos franceses. Á los que ventajosamente pueden cultivar las bellas letras corresponde el tributar á nuestra lengua el honor que merece. Cuanto más provistos estemos de las riquezas clásicas, mayor es nuestro deber de trasladarlas á nuestro país. No á los que á Virgilio menosprecian, sino á los que lo poseen, corresponde escribir en nuestra lengua.

Y ahora, mi querido Favières, hablemos de vuestra traducción de *La Primavera*, ó más bien de la imitación libre de esta obra. Las expresiones que empleáis son vivas y brillantes, las imágenes plásticas, y sobre

todo permanecéis siempre fiel á la armonía, sin la cual no hay poesía posible.

Menester fuera recordaros aquí muchos versos, de querer señalar los que han llamado mi atención. Adiós; me voy á un país en que la primavera se asemeja poco á la descripción que de ella trazáis los dos poetas. Dentro de cuatro ó cinco días me iré á Inglaterra, y más lejos que nunca estoy de componer tragedias.

Frangere, miser calamos, vigilataque prælia dele.

JUVENAL, *sat.* VII, v. 27.

Renuncié para siempre á los versos,

Nunc... versus et cætera ludicra pono.

HORACIO, *ep.* I, v. 10.

Mas con todo, lejos me encuentro de haberme convertido en filósofo cual el autor del verso precedente. Adiós; con todo mi corazón os quiero, así en verso como en prosa, y toda mi vida seré vuestro.

AL SEÑOR DE FORMONT

O qu'entre Cideville et vous
J'aurais voulu passer ma vie!
C'est dans un commerce si doux
Qu'est la bonne philosophie.

Volved, pues, amables amigos, y filosofemos juntos. No se os ocurra buscar días hermosos á una legua de Ruán; en Normandía no tenéis mes de mayo :

Vos climats ont produit d'assez rares merveilles,
C'est le pays des grands talens,
Des Fontenelle, des Corneilles;
Mais ce ne fut jamais l'asile du printemps.

Si en Ruán hubiera días tan espléndidos como fue-